firma en la verdadera religion con el ejemplo de su heróica virtud (1). María igualmente se hace una Madre más fecunda cuando pierde á su Hijo con dolor que cuando lo concibió con alegría; pues por un Hijo de que se priva, adquiere una multitud de hijos. Ella entrega á Jesus á la cruz, y en El y con El se hace Madre de todos los cristianos (2). ¡Dolores fértiles, padecimientos verdaderamente fecundos de la Madre de Dios! ¡Herida de su tierno corazon verdaderamente preciosa para nosotros! Nosotros hemos sido engendrados en este corazon por sus sufrimientos, como Jesucristo fué engendrado con su sangre en su seno purísimo. Este seno fué el tabernáculo del Hijo de Dios; este corazon es el arca de salvacion de los hijos de los hombres.

(1) Fœcundior virtutibus quando filii passi sunt, quam fætibus, quando nati sunt. (*S. Aug.*)

(2) Suis in cruce doloribus hoc etiam promeruit, ut non solum Joannis, sed omnium credentium mater diceretur et esset. (*Rup.*)

CAPÍTULO XIV.

Al someterse Jesucristo á la pena que Dios habia impuesto á Adan, quiere que María se someta tambien á la pena que Dios habia impuesto á Eva. María habia concebido á Jesus sin concupiscencia y le habia parido sin dolor. Exenta en su parto divino de la pena á que están condenadas las demas mujeres, *de parir con dolor*, experimentó cruelmente esta pena en el Calvario, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. Raquel es una figura de este misterio.

Dos cosas muy distintas hubo en la catástrofe ocurrida en el eden: el pecado que Adan cometió y el castigo en que por él incurrió, la culpa y la pena.

Materialmente no hubo más que un pecado, pero moralmente este pecado fué complejo; fué un semillero de pecados, porque de parte del hombre hubo *rebelion manifiesta y desobediencia* al precepto de Dios; hubo *orgullo, y orgullo* diabólico, en querer hacerse semejante á Dios; hubo *incredulidad*, en otorgar su confianza al demonio, que prometia la divinidad, y en retirarla de Dios, que amenazaba con la muerte; hubo *impiedad*, en creer que Dios mentia, y que sólo habia prohibido comer el fruto misterioso para no encontrar un rival en Adan, y no para evitar que se hiciera culpable. Hubo, finalmente, un pecado de *sensualidad*, al preferir satisfacer la vista y el paladar más bien que respetar el precepto divino.

Habiendo sido múltiple el pecado, lo fué tambien el

castigo. Los dos culpables, Adan y Eva, fueron despojados al momento de su inocencia original y de la gracia santificante; ellos perdieron el imperio que tenian sobre su propia carne y sobre sus pasiones; desde aquel instante sintieron en sí una guerra interior, que les hizo avergonzarse de sí mismos; finalmente, incurrieron en la muerte del cuerpo, y en la muerte, todavía más funesta, del alma; en la enemistad de Dios, y en la condenacion eterna.

Pero ademas de estos castigos, que fueron comunes á los dos, cada uno de ellos incurrió en otros, que fueron propios y peculiares de su sexo. El hombre fué condenado particularmente á cultivar una tierra que se habia hecho por su pecado maldita é ingrata, estéril en frutos y fecunda en espinas y abrojos, y alimentarse del fruto de su trabajo y de sus sudores (1). La mujer fué condenada á una sujecion absoluta, á una perfecta dependencia de su marido, á concebir en la ignominia los hijos que habia de dar al mundo con dolor (2).

El Hijo de Dios, el Adan verdadero, el nuevo Adan, habiéndose colocado, por un exceso de misericordia, en el lugar del primer Adan, para curar sus males y reparar sus pérdidas, quiso, no sólo expiar la culpa,

(1) Maledicta terra in opere tuo. In laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitæ tuæ. In sudore vultus tui vesceris pane. (*Génesis*, III, 17, 19.)

(2) Mulieri quoque dixit: Multiplicabo ærumnas tuas et conceptus tuos; in dolore paries filios; et sub viri potestate eris; et ipse dominabitur tui. (*Ibid.*, 16.)

sino tambien incurrir voluntariamente en la pena y sufrirla. Para expiar el pecado se hace obediente, se humilla y sufre toda clase de dolores, porque Adan habia desobedecido, se habia llenado de orgullo y se habia abandonado á la gula y á la sensualidad; y para hacerse todavía más semejante á aquel cuyo lugar ocupaba, se pone voluntariamente á cultivar, en el órden de la salvacion, una tierra ingrata, es decir, la Sinagoga, que corresponde á los esfuerzos de su amor y de su celo con una esterilidad espantosa; que en vez de los frutos que tenia derecho á esperar de ella no le produce otra cosa, como El mismo se queja por sus profetas, que persecuciones y amarguras, cruces y espinas. Finalmente, El quiere á fuerza de trabajo, de fatigas y de sudores adquirir su pan, es decir, la conversion de las almas, que El llamaba el alimento agradable á su corazon, la obra de Dios por excelencia (1).

Pero ya hemos visto que aunque Jesucristo, por la sola excelencia y la dignidad de su sacrificio, expió los pecados del mundo, quiere, sin embargo, que María se asocie á este sacrificio expiatorio, á fin de que participe de la redencion en el Calvario, como Eva habia participado del pecado en el paraíso terrenal. El quiere, no sólo que tome parte por su humildad, su piedad, su obediencia y sus dolores en la expiacion de la culpa, sino que tambien sufra la pena. Y como, ademas

(1) Ege cibum habeo manducare, quem vos nescitis... Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus qui misit me, ut perficiam opus ejus. (*Joan.*, IV, 32, 34.)

de la pena comun á los dos culpables, tomó tambien Jesucristo la pena particular impuesta á Adan como hombre, quiere tambien que María tome sobre Sí y experimente la pena impuesta á Eva como mujer. Ved aquí por qué la Madre de Dios, que á nadie reconocia superior á Sí, excepto á Dios, que es su Hijo, se sometió á su santo esposo, que no era más que un simple hombre, y estuvo sujeta á él de la manera más humilde y más perfecta, y ademas de esto se sometió á la pena de dar al mundo hijos en su dolor (1).

El apóstol San Juan, en su *Apocalípsis*, habla del prodigio singular de una mujer misteriosa rodeada del esplendor y de la gloria del sol, cuya cabeza estaba adornada con una corona de doce estrellas, y que colocando sus piés sobre la luna, lanzaba gritos lastimeros y sufria horribles tormentos para dar á luz el fruto que llevaba en su seno (2).

Pues bien, San Agustin afirma que esta Mujer extraordinaria es María, que María fué verdaderamente revestida del esplendor del Sol de justicia, que tomó en Ella carne humana y reposó en su seno; que El adornó su cabeza con la corona de estrellas de los divinos privilegios con que la enriqueció, y que Ella huella con sus piés inocentes la luna, es decir, la in-

(1) Sub viri potestate eris. In dolore paries. (*Genes.*, III, 16.)

(2) Et signum magnum apparuit in cœlo: Mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim. Et in utero habens, clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat. (*Apoc.*, XII, 1, 2.)

constancia y el prestigio de las grandezas del mundo. Pero ¿cómo puede decirse tambien de María que parió en los sufrimientos y en el dolor, cuando la doctrina de la Iglesia y de los Padres respecto al parto milagroso de María es que fué exenta de la maldicion fulminada contra Eva, como lo fué de su pecado, es decir, que parió sin dolor (1)? Oigamos sobre este particular un pasaje elocuente y sublime del santo obispo Amadeo. «María, dice, parió á Jesucristo sin detrimento alguno de su virginidad, así como lo concibió sin detrimento de su pudor. Ella permaneció intacta al darle á luz, así como habia quedado pura al recibirle. Y así como su concepcion habia sido sin pecado, su parto fué tambien sin dolor, no habiendo causado en Ella el parto alteracion alguna, así como la concepcion tampoco le habia dejado ninguna mancha. Si (lo que no se puede pensar sin hacerse culpable) Ella hubiera concebido con una satisfaccion carnal, no hubiera podido evitar el parto con dolor. De ahí nace que hasta el presente las infortunadas hijas de Eva paren en el dolor, y el fruto que una ignominiosa satisfaccion hace germinar en su seno, no llega á su madurez sino con una amargura mayor y con los dolores más agudos» (2). «¡Oh bella y noble prerogativa de María! Con-

(1) Maria fuit expers maledictionis Evæ, quia peperit sine dolore. (*S. Thom.*, 3, p. 9, 30.)

(2) Peperit eum salva virginitate, quia salvo pudore concepit. Peperit inviolata, quia illibata suscepit. Et quia in delictis non concepit, absque dolore peperit; nullum habens in conceptione

tinúa el santo obispo. Ella no experimenta tormento alguno en su carne virginal, porque no sintió ninguna satisfaccion. Despues de haber concebido á su Hijo permanece Vírgen, y despues de haberle dado á luz queda más pura. Todo fué divino en este parto inefable: el Hijo que nació fué divino, la mano que lo recibió en su nacimiento fué divina, y esto sin perjuicio de la que lo dió á luz» (1).

Ved aquí, pues, prosigue el mismo padre, en lo que se diferencia el parto precioso de María del parto de Eva: Eva parió en la corrupcion, y María en la pureza; Eva parió en la miseria, y María en la santidad; Eva parió en la vejez del pecado, y María en la novedad de la inocencia: porque Eva parió al esclavo, y María al Señor; Eva al culpable, y María al justo; Eva al pecador, y María al que santifica y salva del pecado. En el parto de Eva la serpiente infernal tendia asechanzas á su fruto para devorarlo; los ángeles asisten al de María para servirle. Evá en su parto tiene el espíritu lleno de espanto y el cuerpo lleno de dolores; María en el suyo se ve colmada, por la virtud

contagium, nullum passa in partu dissidium. Si enim (quod nefas est cogitare) in carnis voluptate conciperet, procul dubio in partu doleret. Hinc est quod usque hodie filiæ Evæ in dolore pariunt, et quod cum dulcedine excipiunt, in magna carnis amaritudine profundunt. (*S. Amad.*, homil. 4.)

(1) Nec in carne delectata, nec carne cruciata, et in conceptione virginior et in partu extetit sanior: obstetricante illa manu, de qua ait Psalmista: Fiat manus tua ut salvet me. (*S. Amad.*, homil. 4.)

misma de Dios, de un santo gozo y de la alegría más pura (1).

Si, pues, María fué exenta de la maldicion que pesa sobre las demas mujeres cuando dan á luz sus hijos en medio de padecimientos crueles y de gritos arrancados por el dolor (2); si María parió á su Hijo sin dolor, así como lo habia concebido sin mezcla alguna de concupiscencia, ¿cómo nos la representa el discípulo amado, y nos la manifiesta bajo la figura de una madre víctima de todos los dolores y de todos los padecimientos de un parto difícil y laborioso (3)?

Para resolver esta dificultad, recordemos que Jesucristo es llamado en la Escritura el Primogénito de una familia compuesta de muchos hijos (4). Pues bien, si es de fe que María no concibió ni parió segun la carne más que un solo Hijo, que es Jesucristo, es necesario que pariese otros hijos segun el espíritu, y estos hijos son los cristianos (5).

Ved aquí, pues, en María dos generaciones y dos partos: el uno corporal y el otro espiritual, el uno en

(1) Eva parit corrupta, Maria in corrupta peperit; Eva in dolore, Maria in salute; Eva in vetustate, Maria in novitate; illa peccatorem, ista justificantem à peccato. Evæ parturienti draco insidiatur; partuit Mariæ ab angelis ministratur. Evam parturientem tremor cordis occupat; parientem Mariam virtus divina lætificat. (*S. Amad.*, homil. 4.)

(2) In dolore paries. (*Genes.*, III, 16.)

(3) Et in utero habens, clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat. (*Apoc.*, XII, 2.)

(4) Primogenitus in multis fratribus. (*Rom.*, VIII, 29.)

(5) Carnales nullos habeat beata Virgo præter Christum, ergo spirituales habeat necesse est.

Belen y el otro en el Calvario, el uno de su carne purísima y el otro de su eterno corazon, el uno segun la naturaleza y el otro segun el amor, el uno que es santo, porque fué el del mismo Hijo de Dios (1), y el otro pecador, porque son los hijos de los hombres.

En el primero de estos dos partos imitó María en la tierra la generacion del Padre eterno en los cielos, porque engendró de su sola sustancia y sin padre al mismo Verbo divino que el Padre engendra tambien sin madre y de su sola sustancia. Al dar á luz al mismo Hijo de Dios, lo hizo con la misma condicion, es decir, sin sufrimientos, sin pena y sin dolor. Mas en su segundo parto, engendrando María hombres pecadores, renueva la generacion de Eva, que no da á luz más que hombres pecadores. Así, pues, en esta segunda generacion no da á luz María más hijos que los mismos de Eva; por consiguiente, no los pare sino con la misma condicion; es decir, que así como Eva no da á luz los hombres pecadores sino en medio de dolores, María los pare tambien en el dolor. Cuando San Juan nos refiere las penas, los sufrimientos y los dolores de María, hace alusion á su segundo parto, y no al primero, pues que sólo en el segundo fué cuando, desgarrado su corazon por los padecimientos, y atravesado por la espada del dolor, lanzó hondos gemidos, arrancados por la tristeza y la compasion (2).

(1) Quod ascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei. (*Luc.*, I, 35.)

(2) Clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat. (*Apoc.*, XI, 2.)

Jesucristo sufrió en su Persona, y esto de una manera tanto más dolorosa cuanto fué más espiritual, la pena impuesta al hombre de cultivar una tierra ingrata, y de alimentarse del pan de su trabajo y de sus sudores. María igualmente experimentó en Sí misma, y de una manera tanto más sensible cuanto era más espiritual, la pena impuesta á la mujer, de parir en el dolor (1). La sentencia pronunciada contra Adan, *que la tierra regada con su sudor y cultivada con sus afanes no le produciria más que abrojos y espinas*, no tuvo su cumplimiento literal sino en Jesucristo, á quien la ingrata Sinagoga, en recompensa de sus milagros y de su celo, no dió otra cosa que hiel amarga y una corona de espinas; la sentencia pronunciada igualmente contra Eva, *que no veria multiplicarse sus hijos sino para ver multiplicar y redoblar sus dolores*, no se verificó en toda su extension sino en María, en quien la inmensidad y la violencia de los dolores del parto estuvieron en proporcion de la multitud de los hijos de los hombres que dió á luz en el Calvario.

Ved aquí pues á María, dice Juan Damasceno, que, al dar á luz sus hijos pecadores en el momento de la pasion de Jesucristo, experimenta los dolores que no experimentó al dar á luz á su Hijo inocente (2). Pero esto no es bastante, prosigue San Bernardo, porque no sólo experimentó Ella en su parto misterioso del Cal-

(1) In dolore paries. (*Genes.*, III, 16.)

(2) Quos dolores partus effugit pariens, illos tempore passionis sustinuit. (*S. Joan. Damasc.*)

vario los dolores que debió sufrir en el de Belen, si hubiera parido como las otras madres, sino que el dolor, de que entónces fué dispensada, lo sintió mil veces más fuerte en el momento de la muerte de su Hijo por nuestra salvacion (1). San Bernardino de Sena, que es, entre todos los doctores, el que más ha examinado y sondeado el mar profundo de las amarguras ó de los dolores en que María se encontraba sumergida al pié de la cruz, añade que en la muerte de Jesucristo adquirió el título de Madre de los cristianos á costa de sus dolorosas angustias; porque María, al darnos á la luz, á la vida de la gracia, experimentó colectivamente, unidos en un mismo dolor y en un solo parto, todos los dolores, todas las angustias y todos los tormentos que han experimentado y experimentarán todas las madres al parir á la vida natural; sufrimientos y tormentos inauditos, pues que de todas las criaturas animadas, la mujer es la que más sufre en el parto. Y la razon es clara: debiéndonos María parir á todos, debia sufrir particularmente por todos (2).

De todas estas circunstancias se deduce claramente que la antigua Raquel es la figura y la profecía de

(1) Nunc solvisti, Virgo, cum usura, quod in partu non habuisti à natura. Dolorem pariendo Filium non sentisti, quem millies replicatum, Filio moriente, passa fuisti. (*S. Bernard.*)

(2) Maria doluit in morte Filii, et acerbos pertulit cruciatus, ut ipsis omnium fidelium mater constitueretur; quia omnium matrum collective dolores adæquavit, omniumque parturientium cruciamenta in hac conspiraverunt matrem. (*S. Bernardin. Senen.*)

María. En efecto, Raquel es al principio estéril por naturaleza, y María lo es por eleccion y por voto (1). No obstante su esterilidad natural, Raquel se hace madre; pero esto no es sino por un milagro, pues que sólo un milagro podia hacerla fecunda. María igualmente, no obstante su virginidad voluntaria, llega á ser Madre, y lo es por el mayor de todos los milagros; porque sólo Dios podia hacer que una Vírgen fuese madre permaneciendo vírgen y sin concurso humano. El hijo de Raquel es José, el mismo José que entregado y vendido por sus hermanos, se hace despues el salvador de estos mismos hermanos, que quieren quitarle la vida, y que por lo mismo es llamado el pastor y la piedra de Israel (2). El Hijo de María es Jesucristo, que, entregado, vendido y crucificado por los hombres, se hace Salvador de los hombres, y es llamado por lo mismo el buen Pastor por excelencia, la piedra angular que sostiene el edificio de la salvacion (3). El hijo de Raquel valia por sí solo más que todos los hijos de Lia; porque ¿qué hubiera sido, no sólo de los hijos de Lia, sino de toda la familia de Jacob, sin el hijo de Raquel, que los salvó á todos del hambre y de la muerte? El Hijo de María, solo y pobre, vale mucho más que todos los hijos de las demas madres; porque ¿qué seria de todos los hijos de los hombres sin el Hijo de María, que los salvó de la esclavitud del pecado y de

(1) Virum non cognosco. (*Luc.*, I, 34.)

(2) Inde pastor egressus est, lapis Israel. (*Genes.*, XLIX, 24.)

(3) Pastor bonus, lapis angularis. (*Joan.*, X, 14; *Ephes.*, II, 20.)

la muerte? Pero lo que conduce más á nuestro propósito es que apénas Raquel dió á luz á José, cuando comprendió que éste no seria el solo hijo que ella tendria, y que este primer hijo le prometia otro. Por esta razon se llamó *José*, que significa *union y acrecentamiento* (1); despues exclamó ella en un rapto profético: «Dios hará de manera que mi primer hijo sea la prenda de otro segundo» (2).

Jesus igualmente es para María la prenda y la garantía de otro hijo, pues que, hablando de su parto, se dijo que habia dado á luz á su HIJO PRIMOGÉNITO (3), lo cual significa claramente el parto de otro hijo segundo.

La una y la otra profecía, el uno y el otro presentimiento de estas dos madres misteriosas se cumplieron exactamente. En efecto, Raquel parió despues á Benjamin en Betel, y María parió á los hombres en el Calvario. Pero ¡ay! ¡Qué diferencia tan grande entre el nacimiento de estos dos hijos segundos y el de los dos primogénitos de las dos madres! Raquel pare á José sin trabajo, sin sufrimiento y sin dolor, y María pare á Jesucristo sin trabajo y sin el más leve dolor. El nacimiento de José llena á su madre del más puro gozo, y el nacimiento de Jesucristo llena el alma de María de los más santos trasportes de regocijo. Por el con-

(1) Filius acrescens Joseph. (*Genes.*, XLIV, 22.)
(2) Vocavit nomen ejus Joseph, dicens: Addat mihi Dominus filium alterum. (*Genes.*, XXX, 24.)
(3) Peperit Filium suum primogenitum. (*Matth.*, I, 25.)

trario, el nacimiento de Benjamin causa á su madre un dolor tan grande, unos tormentos tan violentos, que se ve reducida á la más dolorosa agonía (1). Por esta razon Raquel le llamó *Benoni*, ó *el hijo de su dolor*, el hijo de su amargura y de su duelo; y verdaderamente él fué un hijo de duelo y de amargura, pues que su nacimiento costó la vida á la que se la dió (2). El último hijo de María, es decir, la humanidad, la Iglesia, causó igualmente á su corazon tormentos inmensos, en el momento en que Ella le parió en el Calvario; es, por consiguiente, el hijo de su dolor, de sus angustias, de su agonía y de su muerte, pues que el dolor que nuestro nacimiento causó á María era capaz de haberle dado mil veces la muerte, si, como ya hemos notado, un milagro no le hubiera conservado la vida.

(1) Ob difficultatem partus... Egrediente autem anima præ dolore et imminente jam morte; vocavit nomen filii sui Benoni, id est filius doloris mei. (*Genes.*, XXXV, 17, 18.)
(2) Mortua est... Rachel. (*Ibid.*, 19.)